

CAPÍTULO IV.

EL LUJO DURANTE LA EDAD DE LOS METALES.

YA no interesa de momento seguir historiando los descubrimientos del doctor Schliemann, de este hombre que habiendo salido de las últimas capas sociales, ha sabido ganar una gran fortuna, y hacerse con una ilustración tan elevada, que pudo convencerse de que su mejor empleo era consagrarla al progreso humano, al progreso de la ciencia.

¡Cuántos de los que criticaron á Schliemann por algunas de sus conclusiones demasiado temerarias respecto de la Troya homérica, quedaron confusos y avergonzados ante sus grandes descubrimientos de Micenas! Esta mención especial debíamos al honrado obrero, obrero del trabajo y de la ciencia, que tanto ha hecho y hace, llevado de su amor por la antigüedad clásica y griega. Gracias á él se nos ha revelado un mundo nuevo en los tesoros del palacio de Príamo.

Hasta sus días parecía llenar el occidente asiático—Asia menor y Europa—el arte asírico, que con el arte egipcio dividían el imperio del mundo asiático, pero Schliemann ha demostrado que, á la vez coexistía un arte que, sin ocultar las influencias de uno y otro, presenta sobradas cualidades propias para que pueda estimarse como un arte propio y general, como el prototipo del arte helénico, el arte troyano.

Además sus hallazgos si no resuelven la embrollada cuestión de los orígenes de la primera edad de los metales, la ilustran de una manera notable.

¿Cuándo y cómo conoció el hombre el uso de los metales?

¿Quiénes fueron los inventores de la metalurgia? El cuándo, hoy no ofrece dificultades. A últimos de la edad neolítica, el hombre estaba ya en posesión de una metalurgia rudimentaria. Cómo la conoció, cuál fué el primer mineral descubierto y utilizado por el hombre, hé aquí una cuestión sobre la cual no se ha dicho la última palabra.

Una gran autoridad, el señor Chantre, dijo en el Congreso de antropología y arqueología

prehistóricas de Lisboa, que, puede darse por demostrado «que en toda Europa, la metalurgia comenzó por el bronce, y que su conocimiento en Occidente es el hecho de importaciones orientales efectuadas durante el período neolítico.» (1)

Nosotros profesamos igualmente esta doctrina. De ello disienten todos cuantos creen que el hombre pudo elevarse en todas partes al conocimiento de los metales, pues su invención podían revelarla mil circunstancias fortuitas, así suponen éstos una edad de cobre, ya que el bronce, metal compuesto, no pudo inventarse sin que previamente se conocieran el cobre y el estaño.

Tampoco negamos esta edad de cobre, pero sí la negamos para Europa, en donde se ha

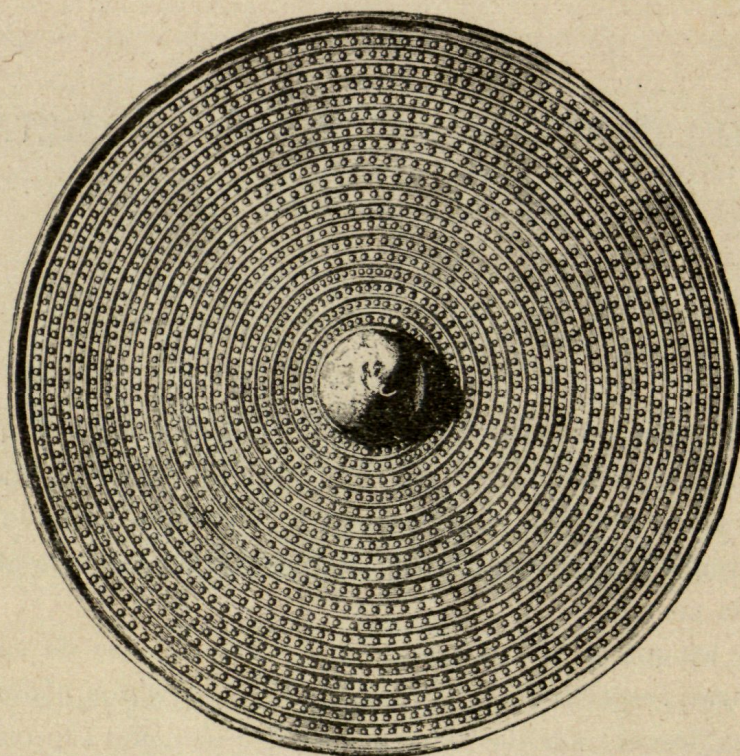


Fig. 65.—Escudo escandinavo.

querido probar repetidas veces su existencia, gracias á ciertos descubrimientos hechos en Hungría y en España.

Cierto es que en uno y otro país se han descubierto—particularmente en el primero,—buen numero de armas y herramientas de cobre, que en España se encuentran también—y nosotros poseemos una hacha catalana de este metal—siendo en cambio raras las de bronce, pero para Hungría está ya fuera de discusión que su edad de cobre nunca existió, y que sus armas de cobre son posteriores á las de bronce, ó mejor, que coexisten con éstas desde la aparición del bronce, bien que posteriormente se hubiera en algunos puntos dado particular preferencia al cobre.

Incontestable es que al bronce precedió el conocimiento de otros metales: ya que el bronce no es sino una mezcla de cobre y estaño, la invención del bronce supone un pueblo

(1) *Congrès international d'Anthropologie et d'Archeologie préhistoriques de Lisbonne.*

metalurgista, un pueblo que sabe emplear los procedimientos industriales de la industria metalúrgica, y para mí tengo por cierto que antes de inventarse la aleación del bronce, se inventó otra, la primera, la del *electrum*.

Parécenos que hasta es posible probar nuestra opinión, pues, por poco que se reflexione, dejando á un lado pruebas positivas, de todos los minerales, el oro hubo de llamar desde luego la atención del hombre.

Todos los países han tenido ríos de arenas auríferas, cuya explotación, lo mismo en España que en Francia, no terminó sino muy entrado el período histórico para uno y otro país. ¿Podía, pues, el hombre primitivo, que con tanto afán buscaba las conchas y las preparaba para su adorno personal, ser indiferente para aquellos hermosos granos de color de sol

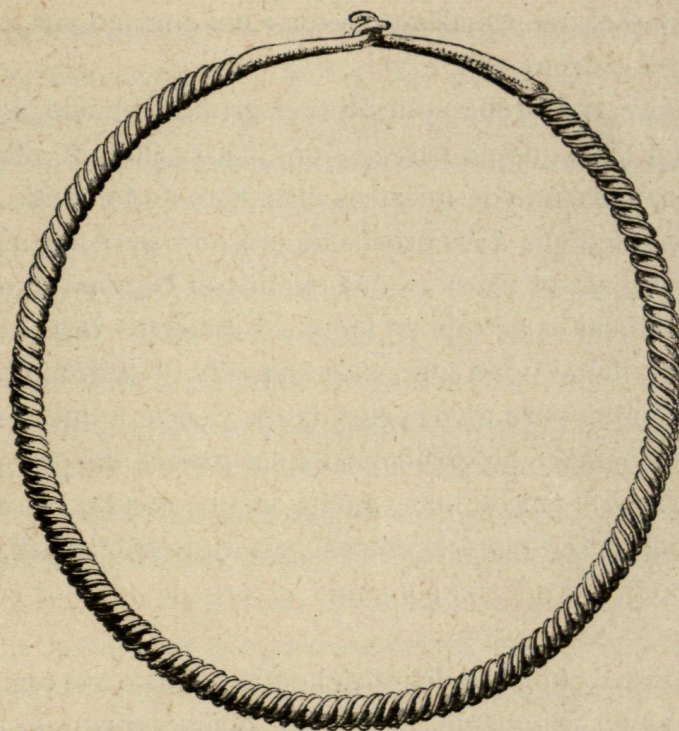


Fig. 66.—Collar de oro escandinavo.

que la naturaleza ponía en sus manos sin esfuerzo alguno? Esto es ciertamente innegable; pero se dirá que esto no es la metalurgia.

Mas, tan pronto se admita que el oro fué conocido por el hombre neolítico, y como quiera que no hay quien no admita que la invención de la fusión de los metales se debió á la casualidad, á un incendio, que convertiría, por ejemplo, un collar de oro en un lingote del mismo metal, no se puede negar que la metalurgia no haya principiado por la fusión del oro. Que una vez descubierta la fusión del oro, hubo el hombre de someter á igual procedimiento todas las tierras metálicas que á mano tuviera en busca de nuevos metales, esto también nos parece incontestable, y también tenemos por indiscutible que tan pronto conoció el hombre dos metales, se inventaron las mezclas, ó aleaciones de dos ó más metales.

Que esto fué así, á nuestro ver, lo prueban de un lado los diferentes nombres que los metales llevan; luego los mismos hallazgos prehistóricos.

Si la metalurgia tuviera un centro único en el mundo, si el conocimiento de los meta-

les hubiera sido importado, no hay porque dudar que una misma raíz se hallaría en el nombre que usan los metales entre las principales familias humanas. Ahora bien, Pictet primero, Schrader después, han examinado esta cuestión y han confesado que existen radicales distintas para ciertos grupos de pueblos.

Una misma raíz informa los diferentes nombres que el oro lleva en las lenguas sanscrita, zenda, antiguo eslavo, lituano, anglo-sajon, polonés, ibero, escandinavo, antiguo alemán y aun el griego y el latín, para una de sus formas, de modo que dentro de este grupo de pueblos cabe buscar el pueblo metalúrgico, investigación erizada de dificultades, pero de ningún modo insoluble, ya que los hallazgos han de revelarles un día ú otro.

Por junto á este grupo pone Pictet otro, en el que entran también los griegos y latinos, y á cuyo lado marchan irlandeses, cimbrios, americanos, albaneses, prusianos y lituanos, de donde nuestro «oro,» «or» del irlandés erse «or,» del cimbrico «or,» del córnico «eur,» del latín «aurum,» del griego «auron» etc.

Pictet empero olvidó para Europa no un tercer grupo de pueblos, sino un pueblo, cuyas riquezas auríferas fueron tales que no parece sino que, cuando de ellas hablan los antiguos, lo consideran como el californiano de nuestros días. Esto no lo olvidó Schrader. Este pueblo es el Ibero. Estrabón nos dice que á los granos de oro que se recogen de ciertos ríos les llamaban *pales*, *palai*, que nosotros creemos que explica el bajo navarro *pelata*. Pero en vasco oro, es *urre urri*, cuya radical es *ur* que en todos los dialectos vascos significa agua: además *ur* vale también para «avellana» y en guipuzcoano *ur-tu*, lo mismo en labortano que en navarro significa *fundir*. Combinense todos estos datos, y se verá que los turdetanos ó primitivos andaluces, dieron el nombre de «avellanas» á los granos de oro que los auríferos Guadalquivir y Guadiana arrastraban. De todos modos lo que resulta claro aquí, es que el metal de los ríos, el «metal del agua»—*ur*—si nos es permitido hablar así, tomó nombre local, y como no hemos andado equivocados suponiendo el oro de los ríos como el primer mineral conocido del hombre.

Hubo de seguir al descubrimiento del oro el de aquellos otros metales que, como el más precioso, se ofrecen si no en abundancia al hombre, como viniéndose á su mano, como suele decirse. Tal es el caso del cobre y del estaño para no hablar más que de aquellos que directamente interesan á nuestro asunto.

Si la explotación del estaño no ofrece dificultades, en cambio su rareza es tanta, que á una, historiadores y arqueólogos suponen ya establecido un gran comercio al iniciarse la edad de bronce. Pues este metal, como se recordará, no es otra cosa que una mezcla de cobre y estaño.

Conócense de estaño minas en las Indias y en Cornouailles, las famosas Cassitéridas de los antiguos, y hoy se discute si éstos pudieron conocer las minas de la India antes que las inglesas. Conocieron también los antiguos las minas ibéricas.

Tomando por punto de partida el nombre griego del estaño *kassiteros*, que puede explicarse por el sanscrito de una manera más ó menos satisfactoria, se quiso concluir de ello, en favor de la invención ariana de este metal, y aún hoy muchos de los que ignoran como se llama el estaño en asirio, y en accad ó sumir, continúan creyéndolo y enseñándolo. Y es, que el libro de Pictet que lo da todo por resuelto, merece más confianza, y por lo tanto goza de más popularidad que todas aquellas otras obras que, por no mirar tan alto, por no pretender la solución del difícil problema de los orígenes europeos, excepción hecha de la reciente

obra de Schrader, implican un círculo de eruditos. no á la violeta, sino serios, capaces de remontar á las fuentes lingüísticas más verdaderas, y sobre todo, de antigüedad menos problemática.

Todos cuantos monumentos se han descubierto de la antigüedad egipcia, lejos de reducir el lapso de tiempo que va de la aparición de su primera dinastía histórica ó semi-histórica, á la histórica, tiende á extenderlo. Así es que, la gran civilización de Menes, que se pone en los años 6000 antes de nuestra Era, parecen pocos.

No sube tan alta la antigüedad semítica para los pueblos de Asia menor, pero siempre resulta que su primera civilización histórica puede contarse desde tres mil años antes de nuestra Era. En cambio los lingüistas más autorizados no señalan para los monumentos literarios de la India mayor antigüedad que la de dos ó trescientos años antes de Jesucristo. Obras, códices notabilísimos que por mucho tiempo se tuvieron de remotísimo origen, anteriores á la compilación hebrea de *la Biblia*, que data de ochocientos ó novecientos años antes de nuestra era, se han reconocido como obras de ochocientos ó novecientos años después. Y la que es más, obras y códices admitidos como de antiguo origen, y como dando de la vida primitiva del año un fiel y claro trasunto, se ha descubierto igualmente que pertenecen al período del renacimiento de la literatura indostánica, que coincide con el período europeo así llamado. Pues bien, cuando se recurre á las fuentes orientales, la cuestión del conocimiento de los metales, y de la invención de las artes metalúrgicas, se presenta bajo un nuevo aspecto, y sobre todo marchando sobre una base cronológica.

Dando, pues, por resuelto, que varios pueblos neolíticos pudieron muy bien conocer los metales y la metalurgia, independientemente unos de otros, el desarrollo de este arte, tal como se nos ofrece al entrar en la época ó edad de bronce, supone la influencia de un centro metalurgista sumamente adelantado, centro que ora se ha puesto en Hungría, ora en Suecia, en contra de la opinión de los más directamente interesados, hasta el punto de que Nilson sostuviera que la metalurgia de la Escandinavia toda era una importación fenicia.

Vamos, pues, á buscar en este punto, en las grandes naciones civilizadas de Asia y Africa que conocían los metales y la metalurgia miles de años antes de que se conocieran por muchos pueblos de Europa, es decir, en los países que vivían en plena edad de los metales, mientras que en el continente europeo se vivía en plena edad de piedra, la explicación de estos orígenes de la metalurgia, la invención de este divino arte, sin el cual arrastrara todavía el hombre la cadena de su ignorancia nativa, de ese arte que ha de elevar las artes del lujo á un grado de perfección que ni siquiera pudieron llegar á concebir los ricos y lujosos personajes de los períodos paleolítico y neolítico.

Durante largo tiempo los monumentos daban á Asia menor la primacía; la Asiria nos había revelado en una inscripción descubierta por el Sr. Oppert, que el bronce era conocido desde el año 2100 antes de nuestra era. A la sazón, no podía oponer el Egipto obra alguna de metal, de antigüedad tan remota. Una autoridad indiscutible lo había declarado así; esta autoridad era Mariette.

Pero llega la Exposición universal de París de 1878, y en el palacio del Trocadero se expone la colección Pozzo, en la que descubren los arqueólogos dos estatuillas que de golpe hacen retroceder la invención del bronce de quince siglos, á contar de la época antes fijada. Esto por lo que toca al bronce.

Respecto del cobre, aquí tenemos el análisis de un hallazgo de Mr. J. Dickson, que tuvo

lugar en un corredor inexplorado de la gran pirámide, que da 99.521 de cobre por 0.479 de hierro. Si ahora concedemos que la gran pirámide fué construída en tiempos del antiguo imperio, y la damos, como se da, como obra de la tercera dinastía, llegamos al año 5 ó 6000 antes de nuestra cuenta, como época en la que se fundían en Egipto instrumentos de cobre, es decir, en que existía una metalurgia, pues los antiguos piel-rojas, para quienes realmente existió una edad de cobre, usaban del cobre nativo como de la piedra, es decir, que cortaban —forjaban— el mineral como la piedra.

De suerte que, cuando abordamos la cuestión con ánimo de resolverla, surge en Oriente la misma cuestión que en Europa, esto es, si hubo ó no, antes de la edad de bronce, una «edad de cobre». Mr. Fawkes al tratar esta cuestión en el Congreso de Stockholm decía: «Es posible que en algunos países hubiera un tiempo en el que sólo se empleara el cobre puro para la fabricación de armas y utensilios, pero dudo mucho que de ello pueda deducirse

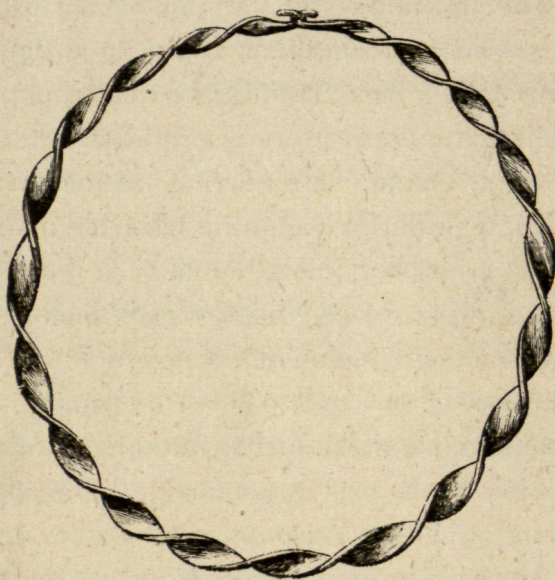


Fig. 67.—Brazalete de oro.

una regla general.» Este modo de ver, esta reserva del conservador de las antigüedades nacionales británicas, y de las colecciones etnográficas del British Museum de Londres, ha de imponerse hoy por hoy forzosamente á todo el mundo, pues no excluye la posibilidad de una edad de cobre, para los países ó pueblos que llegaron independientemente unos de otros al conocimiento de los metales, y á la invención de la metalurgia, cuya imposibilidad reconoce expresamente para algunos: lo que no está probado es la universalidad del periodo.

Sucedió á la edad de cobre la de bronce, cuya unidad quiso ya probar Rougemont, y luego han sostenido su tesis importantes arqueólogos, últimamente Lenormant, fijándose en la unidad de composición, es decir, en la circunstancia de tener una misma base el bronce del oriente asiático y europeo, esto es, el entrar el estaño con el cobre en una proporción de 10 á 15 por ciento. En esto no podemos ver dato alguno. Los análisis de los innumerables bronce de la prehistoria europea, los de buen numero de bronce de Egipto, Troya y Chipre lo desmienten.

En tiempo de Rougemont pudo sostenerse, como él lo hizo, su modo de ver; la falta está en Lenormant que reproduce hoy una doctrina completamente desautorizada por los hechos.

Una cuestión importantísima hemos de dar aquí por resuelta, pues no cabe su discusión en esta obra, y es la de la unidad de los pueblos semíticos, y esto supuesto y demostrada la invención del bronce, puede esta atribuirse al pueblo semítico, así como en realidad fué obra suya su difusión en Europa.

Suponer ahora que el desarrollo de la metalurgia se deba á uno de los pueblos semíticos de Asia anterior, fundándose en que Egipto tiene poquísimas minas, como si no tuviera las de cobre del Sinaí, y no estuviera probado que el estaño se nos presenta en todas partes como un producto comercial, es querer ignorar que la invención del bronce cae seguramente dentro del período histórico de la civilización egipcia.

Esto nos parece haberlo demostrado el insigne escultor Soldi, probando que las pirámides, lo mismo que los grandes monumentos arquitectónicos y escultóricos del Egipto del antiguo imperio, época en que indudablemente no se conocía el hierro, pues no hay hallazgos de este metal, no pudieron ser contruidos con útiles de bronce, pues éstos se embotan tan pronto principia sobre ellos el martilleo para cortar y labrar, así la calcárea de las Pirámides, como el granito de las esculturas.

Saldi ha probado, como se probó para las hachas de la edad de piedra, que lo que no pudo hacerse con útiles de bronce, se pudo hacer con útiles de piedra. Esta afirmación pareció tan atrevida, que el gran popularizador del Egipto antiguo y moderno, Ebers, escribió á Soldi diciendo que, en opinión del escultor Drake, hubo de necesitarse el empleo del acero para tallar la diorita de que está compuesta una de las más bellas y antiguas obras de la escultura egipcia, la estatua de Schara.—A esta pregunta del eminente egiptólogo contestó el escultor diciéndole:

—«Hé aquí los experimentos que yo mismo he hecho para responder á vuestras dudas.

»Yo mismo he tallado con facilidad varios granitos de diferente grado de dureza con los sílices comunes de los alrededores de Sevres, afilados en forma de lanza. Para el propósito sucedería lo mismo, pues éste esclata todavía con mayor facilidad que los granitos.

»Delante M. Richard, agregado de las colecciones de la Escuela de Minas de París, he ensayado la manera de tallar las dioritas del Museo con sílices análogos sin poder lograrlo, pues el sílice se rebaja sin cesar. Pero sirviéndome del jaspe que se llama guijarro egipcio, sobre todo de un pedazo de punta roma, he conseguido esclatar la diorita en las partes traqueteadas, haciéndola saltar en pequeñas partículas en los lados de la cara: mi jaspe al dar de plano con fuerza, aplastaba finalmente la diorita reduciéndola poco á poco á polvo de un color gris.

»También he conseguido en los granitos abrir con facilidad pequeñas líneas análogas á las que forman los jeroglíficos egipcios, y esto teniendo mi sílice firme sobre el granito, y dando al mismo con otro sílice á manera de martillo.» (1)

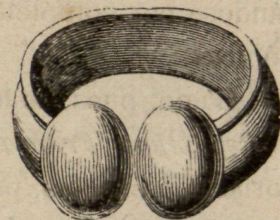


Fig. 68.—Brazalete.

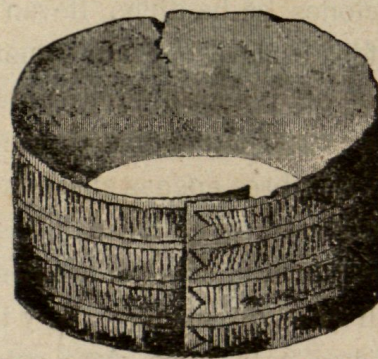


Fig. 69.—Brazalete.

(1) SOLDI.—*Les Arts méconnus*.—Paris, 1881.—Pág. 492.

Resuelta la cuestión, hubo todavía de responder Soldi á otro punto de técnica no menos difícil.

Vivió el Egipto, según lo prueban los hallazgos, durante siglos y siglos en plena edad de bronce, es decir, sin conocer el hierro, pues del empleo de instrumentos de hierro y por lo tanto de acero, no se dan ejemplos sino en los monumentos del nuevo imperio, es decir, en una época posterior á la gran invasión semítica, que por 500 años dominó el bajo Egipto, egipcizándose por completo, salvo el puñado de patriotas que Moisés arrancó de las garras faraónicas.

¿Cómo, pues, se le preguntaba á Soldi en un folletin de un ilustradísimo diario francés, *La République Française*,—de 28 de Diciembre de 1880,—cómo, pues, le decían, si vuestras teorías son exactas, pudieron arreglárselas los artistas escultóricos egipcios, para cincelar con útiles de piedra las grandes estatuas de bronce del Egipto antiguo, inscribiendo además en ellas largas columnas de jeroglíficos? A esta objeción de Zaborouski, respondió el señor Soldi diciendo: «Para cincelar el bronce es menos necesario de lo que se cree el servirse de los útiles de acero actuales. Para ello basta hacer uso de útiles de bronce de una aleación más resistente de la que está formada la estatua que hay que cincelar, y aun á este efecto son preferibles pequeños cinceles de sílice.» (1)

Quedaban, pues, resueltas todas las cuestiones, y junto con ellas, tal vez, la que más había movido á impugnar las teorías luminosas de M. Soldi.

Cuantos autores han tratado del Egipto y de su civilización, han hecho gran fuerza sobre la influencia desmedida de su clase sacerdotal. Así se ha querido ver su influencia, ó su despotismo, ejerciéndose en todos los actos de la vida del pueblo egipcio. Todas esas manifestaciones, se ha dicho, llevan el sello del genio sacerdotal: el rey, el faraón, lo mismo que el infeliz esclavo le están sometidos; el arte tuvo igualmente que someterse á sus indicaciones, y de aquí la gran inmovilidad del arte egipcio, pues una vez se hubieron dado los modelos fueron perpetuándose de generación en generación, hasta el punto de que la generalidad de los hombres apenas si sabían distinguir una estatua del tiempo de los Ptolomeos, de otra del antiguo imperio. Fijados los tipos estos, se perpetuaron por la tradición y por el mandato sacerdotal. Y como la arquitectura egipcia no modificó ni sus líneas, ni sus masas, en los seis mil años de su historia, y la casa y la tumba, y el palacio y el templo no son más que una misma cosa, pues claro está que si el Rey vive con el sacerdote en el palacio ó templo de Dios, lo que en vida representa á Dios, al rey y al sacerdote, ha de representarlo en muerte, porque su autoridad y su prestigio ha de mantenerse más allá de la tumba, de aquí que al venir Soldi sosteniendo y probando, como lo hizo en su magnífico estudio *sobre la escultura egipcia* impreso primero en la espléndida revista *L'Art*, y luego tirado á parte, página 48—«que el carácter general y uniforme de la escultura egipcia no ha sido premeditado, querido, por la clase sacerdotal, sino que se impuso á los escultores no por la dominación religiosa, sino por la técnica, por las condiciones materiales de su arte,» se haya hecho una revolución en las ideas, como sucede siempre que se hace un descubrimiento relativo á las primeras edades humanas.

No puede, pues, cabernos duda alguna respecto de los inventores de la metalurgia; si la tuviéramos aún la desvanecería el hecho notabilísimo de la misma noción simbólica que con-

(1) SOLDI.—*Les Arts méconnus*.—Paris, 1881.—Págs. 497 y 498.

dujo á representar el dios demiurgo, al obrero de los mundos, en su cualidad de dios, forjador, bajo los caracteres de un enano grotesco y deforme, noción común á las tres familias de Cham, Sem y Jafet. «Que ahora se trate de Ptah de Menfis,» dice Lenormant, al estudiar quiénes fueron los inventores de la metalurgia en su última edición de la *Historia antigua de Oriente*, página 202 de su tomo I, varias veces citado; «que ora se trate de Ptah de Menfis, cuando se le considera desde el punto de vista especial del demiurgo, de los Patecos de la Fenicia ó de su Adonis—Pygmaion—el dios que manejó el martillo,—del Hefaiсто homérico que oculta su deformidad en la isla de Lemnos y cuyo andar y confirmación excita la risa de los mortales, ó bien del Mimir de los escandinavos, siempre vemos consagrado el mismo tipo, que también es el de los Kobolds, Gnomos, y otros seres análogos de las mitologías populares, y que no parece sino una caricatura de las razas que primero trabajaron los metales.» La ortodoxia de Lenormant, sobrepujando é imponiéndose á su razón científica, le hizo ver en esto una prueba de una tradición común de dichos pueblos, adquirida antes de su separación, y como quiera que dichos pueblos no hayan estado nunca separados, y que en particular uno de ellos haya sido el pueblo metalurgista por excelencia, tanto que, como hemos dicho, los mismos arqueólogos del Norte entienden que de ellos recibieron sus antepasados el arte de fundir los metales, gracias á las visitas que les hacían en busca de minerales con que alimentar los hornos de la Asiria-Fenicia; lo que hay que ver en lo dicho es una prueba del centro metalúrgico de esta parte del mundo, y como junto con el arte de fundir los metales comunicaban los pueblos inventores sus ideas religiosas.

En varios congresos antropológicos se ha sostenido y negado la existencia de una edad de hierro; nosotros admitimos esta edad, si se admite que aun hoy vivimos dentro de ella.

Sí; reconocemos que la invención del hierro es posterior á la del bronce; reconocemos que su descubrimiento revolucionó á la larga el mundo entero, y que es y ha sido la verdadera arma esgrimida por el hombre para su perfeccionamiento, pero de ninguna manera podemos concluir en pro de una edad de hierro con el mismo valor étnico que damos á los periodos de la edad de piedra.

Ya hemos visto que la edad de bronce aparece dentro de periodos históricos bien conocidos, y al hablar de la duración de esta edad hemos visto que el hierro no aparece en Egipto hasta el siglo xv ó xvi antes de nuestra era. El *Génesis* y Homero hablan del hierro, es decir, que en Asia menor se conocía su fundición ocho ó diez siglos antes de Jesucristo; para la misma época lo mencionan también las inscripciones asíricas, fechas y datos que nos revelan, si no la época de la invención del hierro, su antigüedad.

Hemos dicho, y Soldi lo ha demostrado, que el arte egipcio nos enseña que el uso de cinceles de hierro para labrar sus estatuas y monumentos se empleó á seguida de la terrible invasión de los pueblos pastores. Luego la invención del hierro no es egipcia, sino semítica, y con esto no queremos discutir, ó mejor, no queremos dar por resuelto el problema de si los pueblos asiáticos occidentales lo aprendieron de los orientales, pero recordando que los reyes asíricos imponían, siempre que tenían ocasión para ello, á los fenicios contribuciones de estaño, bien nos será permitido, á lo menos por el momento, suponer, que sirios y fenicios elevaron la industria del hierro, y en general toda la metalurgia á gran altura, independientemente de las invenciones del extremo Oriente asiático, de la India y de la China.

Sin embargo, no todos los arqueólogos y antropólogos aceptan la procedencia semítica y asiática del hierro.

Arqueólogos y antropólogos eminentes nos enseñan, y en verdad, en un mismo libro y á renglón seguido, y con singular contradicción, que la invención del hierro y su difusión por Europa es obra de los africanos. Aludimos á los Sres. de Mortillet y Letourneau y al *Diccionario de las ciencias antropológicas*.

Establece el Sr. de Mortillet el sentido de su investigación en los siguientes términos:—

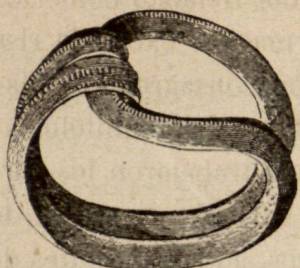


Fig. 70.—Brazalete.

«Dos caminos pueden llevarnos á la solución de la cuestión del origen del hierro. El primero consiste en buscar el punto de la tierra donde están los pueblos menos adelantados que conozcan la fabricación del hierro. El segundo ver en qué época las naciones civilizadas estaban ya en posesión del hierro, examinando luego si la serie de fechas no nos lleva á un punto determinado. Si entrambos datos concuerdan, por ese solo hecho, suministran una tal probabilidad, que equivale á la certitud.»

Sigamos, pues, adelante, con dicho método, y veamos rectamente interpretado y explicado, á qué resultados nos conduce.

«Examinando, dice el Sr. de Mortillet, los pueblos que viven todavía en la infancia de la civilización, á los pueblos más ó menos salvajes, por todas partes vemos que viven en la ignorancia del uso del hierro, por todas partes menos en Africa.

»Algunos indios del Brasil fabricaron algunos raros objetos de hierro, pero para ello se sirvieron, como lo prueba la composición de ese hierro, del hierro meteórico. Esto no constituyó el conocimiento del hierro. Los tales indios hallaron un bloque de dicho metal, lo utilizaron, no dejando por esto de ser menos incapaces para producir otro nuevo, mediante un procedimiento metalúrgico.

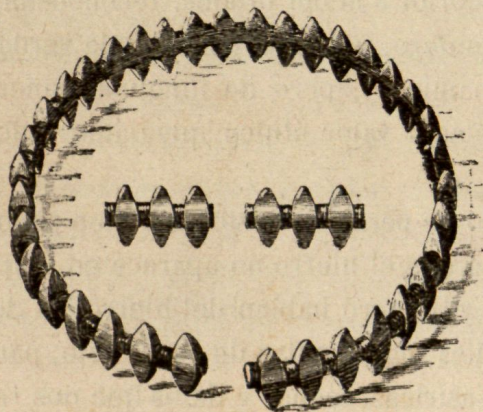


Fig. 71.—Brazalete.

»Por lo contrario, en el interior de Africa, se ve á los pueblos salvajes emplear en grande el hierro para la fabricación de armas y útiles. No sólo saben trabajar este metal, sino que saben producirlo, saben procurárselo, reduciendo minerales ferruginosos.

»Es, pues, muy probable que el uso del hierro nos viniera de Africa. Es de todo punto natural: Africa cuenta el peróxido de hierro, que se deja reducir con suma facilidad, es el más reductible de todos los minerales de hierro, y además las mismas comarcas

que producen ese mineral, contienen también depósitos salitrosos, cuyos productos dan un excelente fundiente. Existen, pues, allí reunidas juntamente las condiciones más favorables para la producción del hierro, por consiguiente para su invención.

»En la Exposición Universal de París de 1867 se presentó junto con ese mineral africano procedente del Sudan, todos los aparatos siderugistas del país, reducidos á un crisol y á un soplete de mano de los más primitivos; lo que basta á demostrar hasta qué punto es fácil de reducir dicho metal.»

Respecto del segundo camino, dice M. de Mortillet, que prueban la grande antigüedad del conocimiento del hierro por los egipcios, sus estatuas en sienita, pórfidos, diorita, etc., que sólo se pueden trabajar con el hierro. M. de Mortillet, como se ve, persiste, ya no en

contradecir, sino en ignorar los experimentos de M. Soldi. Empero dicho señor abre su artículo diciendo:

«El hierro es un mineral hasta tal punto propio para la fabricación de armas é instrumentos de todas clases, que naturalmente hubo de ser empleado en grande escala para la fabricación de objetos usuales tan pronto fué conocido. Pero su descubrimiento se hizo esperar mucho tiempo, porque la reducción en metal de todos los minerales de hierro exige procedimientos difíciles y complicados. Así no aparece en Europa y en Asia sino mucho después del cobre y del bronce. En América, si se exceptúa el empleo accidental de algunas masas de hierro meteórico, perfectamente caracterizado por la presencia de una cierta cantidad de níquel, el hierro fué ignorado hasta la llegada de los europeos. Sin embargo, los americanos conocían el oro, el cobre, la plata y el bronce.»

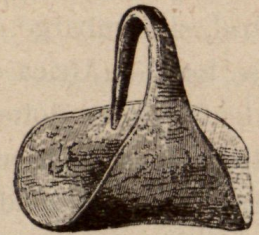


Fig. 72 — Pendiente.

¿De dónde, pues, nos viene el conocimiento del hierro?—¿Del Egipto?—Esto no podía decirlo Mortillet, pues sabía de sobras que sería desmentido. M. de Mortillet se escapa de contestar precisando; para él queda ya la cosa con lo dicho bastante clara, y con dar fechas más ó menos exactas respecto á las en que fué conocido el hierro en ciertas comarcas eu-

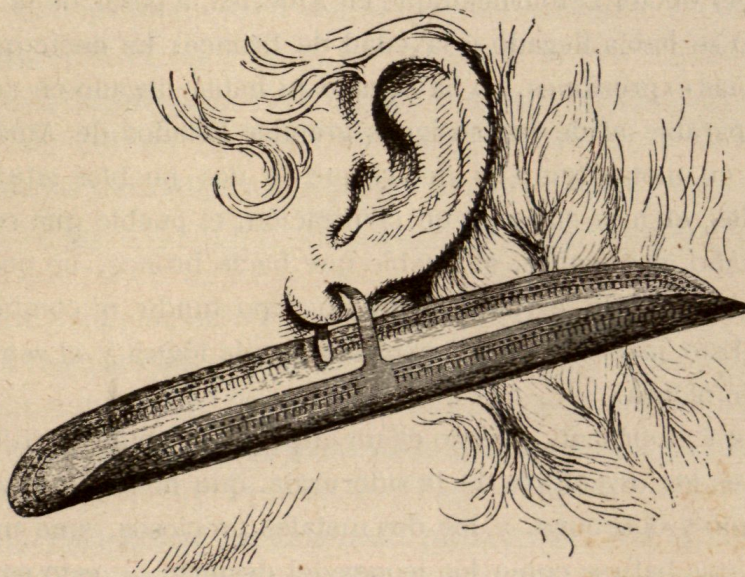


Fig. 73.—Pendiente.

ropeas, entiende que queda «bien establecido que es de Africa de donde nos ha venido el conocimiento del hierro, y que es de esta parte del mundo donde la siderurgia tomó origen.»

Al artículo de M. de Mortillet que trata del hierro desde el punto de vista paleo-etnológico, sigue el del doctor Letourneau, que lo estudia desde el punto de vista etnográfico. Nota el doctor que:—«En América, la mayor parte de las tribus salvajes vivían y viven todavía en la edad de piedra. Ciertos Papuas de Nueva Guinea aprendieron ciertamente de los malayos el forjar el hierro, pero casi todos los neo-guineos han continuado viviendo en la edad de la piedra pulimentada..... Por otro lado éste es el estado de la Melanesia entera y de la Polinesia antes de la intrusión de los europeos.....»

«En América, á pesar de la gran abundancia de los minerales de hierro, ese metal era

absolutamente desconocido hasta de los grandes imperios de Méjico y del Perú, que sólo habían llegado á la edad del bronce.

» Aunque la Africa negra no llegó, ni haya llegado, en tiempo alguno, ni en parte alguna á un grado de civilización comparable al de los antiguos grandes Estados de América central, sin embargo desde el punto de vista metalúrgico, lo han sobrepujado. Por todas partes se forja en Africa el hierro desde Cafrería á la Senegambia, y en el valle del Nilo. En fin, dentro de los dólmenes probablemente bereberes de Africa berberisca, se han hallado instrumentos de hierro, y en parte alguna, en el vasto continente africano, se ha encontrado rastro de una edad de cobre ó de bronce, si se exceptúa el Egipto, que por su parte no conoció el hierro hasta muy tarde, y aun parece que lo admitió con desconfianza, puesto que, según Herodoto, se le llamaba «hueso de Tifón.»

» Parece, pues, que hubo de ser Africa la primitiva patria de la metalurgia del hierro, y que, por lo menos, hubo ella de iniciar en su conocimiento la mitad occidental del viejo continente. Para el Egipto, Africa, y sin duda también para Europa, fueron los antiguos pueblos bereberes los iniciadores de ese gran progreso.....

»...En efecto, parece que Africa saltó por encima de la segunda edad, y que pasó directamente de la piedra al hierro, sin duda á causa de la extraordinaria abundancia de los minerales ferruginosos del continente africano.»

Antes ha dicho el doctor Letourneau que en América, á pesar de la abundancia de minerales de hierro, sólo se había llegado á la edad de bronce. Es decir que el negro africano que, según sus propias expresiones, no ha llegado ni había llegado en su tiempo á un grado de civilización comparable al de las antiguos grandes Estados de América central, se les adelanta de mucho en metalurgia. Es decir, que de dos pueblos situados en condiciones absolutamente iguales, el más superior en civilización, el pueblo que conocía y trabajaba el oro, la plata, el estaño y el cobre, el pueblo que hacía bronce, no pudo llegar á fundir el hierro, que, en cambio, fundía el pueblo que no supo fundir ni combinar los metales que acabamos de citar. Esto pugna hasta tal extremo con la lógica y el sentido común, que no es posible insistir sin ofensa.

Pero ya el doctor Letourneau, que no es un arqueólogo como Mortillet, se atreve á decir que son los bereberes los inventores de la siderurgia, que no son los egipcios que conocían ya el cobre y el estaño y el bronce, y los dos metales preciosos, sino un pueblo que jamás ha sabido otra cosa que batirse como los leones del desierto..... esto es, con insensata bravura. ¿Y por qué los bereberes y no los cafres, los sudaneses ó los congos han de ser los inventores de la siderurgia? Porque se han hallado objetos de hierro en los dólmenes de Berberia. Por esta razón también podrían serlo los europeos, que también se han dado objetos de dicho metal en muchísimos dólmenes. Y en fin, mientras M. de Mortillet dice que «en efecto el Egipto conocía el hierro desde las primeras dinastías, es decir, desde cuatro mil años antes de nuestra era,» M. Letourneau dice que «el antiguo Egipto no conoció el hierro hasta muy tarde...» ¿Qué concluir de tantos y tantas contradicciones impresas todas en una sola hoja de un libro, en las páginas 179 y 180 del citado *Diccionario*?.... ¿Que se desconoce la materia? No; en nuestro sentir que se ha escrito de una manera muy ligera, como están escritos la mayor parte de los artículos de dicho *Diccionario*, destinado á causar más mal que bien en el campo de las ciencias antropológicas.

Esto dicho, veamos cuándo principió la edad de hierro en Europa.

Desarrolló este tema una eminencia de la arqueología prehistórica, Hans Hildebrand, en el congreso de Stockholm: tomando, pues, de él lo más sustancial, se verá que si este estudio puede y debe interesarnos mucho desde un punto de vista que podríamos llamar nacional ó propio, nos interesa poco bajo el punto de vista humano, pero abordándolo conseguiremos poner el hecho de todo relieve, pues se verá una vez más confirmado lo que repetidas veces hemos dicho, por cuánto no conviene que sea olvidado, que vivíamos todos los europeos en completo estado de barbarie, cuando los orientales de Asia menor y los africanos de Egipto nos trataban á todos como hoy tratamos nosotros á los infelices pueblos de la Polinesia y de la Micronesia.

Verdad es, que entonces no valíamos gran cosa más, pero en fin, valíamos algo fundamentalmente superior y trascendental que nos ha permitido elevarnos á las alturas más considerables de la ciencia, pues en suma somos nosotros los que hemos descubierto la composición química de los astros, y los que hemos hallado el medio de conservar relaciones constantes y de contacto con nuestros hermanos á cualquiera distancia que se hallen de nosotros, sin que para ello sean obstáculo ni las montañas, ni los desiertos, ni los mares, que por tantos siglos mantuvieron separados á los hombres.

Hans Hildebrand sostiene para el norte de Europa la división de la prehistórica en las tres edades de piedra, bronce y hierro, sistema á su modo de ver fuera de toda contestación posible así limitado. Esto no quiere decir que no puedan señalarse los tres períodos para las demás naciones de Europa, no, las más de las veces que se han buscado se han encontrado «en su orden respectivo de sucesión. Pero no hay que esperar que para cada país se dé con una edad de piedra, de bronce, de hierro, correspondiendo perfectamente, ó poco menos que idéntica, á las edades escandinavas. Aquí por cierto se da un error repetidas veces cometido.»

Es decir, no hay que buscar en todas partes las tres edades tal como se han desarrollado en el Norte, sino pura y simplemente las tres edades en general. Así, por ejemplo, nace una cuestión capitalísima respecto del origen de la edad de hierro. Mientras en los pueblos mediterráneos y del centro de Europa los tipos de la edad de bronce se mantienen en la edad de hierro, de modo que lo que antes se hacía de bronce, espadas, hachas, etc., luego se hizo de hierro, esta permanencia de los tipos no ha podido comprobarse en el Norte, y lo mismo el Sr. Montelius que Hildebrand los justifican plenamente. «Es mi convicción, dice este último, que la civilización del hierro no salió de la del bronce, sino que, creada en otra parte, fué introducida en nuestros países, desenvolviéndose después. Fácil es demostrar reuniendo los testimonios de la arqueología y de la historia, que la edad de hierro escandinava es de origen aleman...»—«Respecto á la primera edad de hierro del Norte, es decir, de las regiones del Norte, Oeste y Sud del bajo Báltico, con el tiempo es probable que pueda indicarse un período dentro del cual la civilización del hierro germánica estuvo exclusivamente sometida á la influencia de tribus gálicas, establecidas en la Alemania central.».....

Ahora bien, como á la vez que se habla de una edad de hierro del Norte, se habla de una edad de hierro de Suiza, se ha querido establecer una conexión entre una y otra, pero esta conexión no existe. Pues la primera edad de hierro de Europa central, pertenece á los pueblos galos ó célticos, es pre-romana en las regiones donde se encuentra y revela íntimas relaciones con la edad de bronce anterior de la que constituye una fase posterior de su desenvolvimiento. En cambio esa misma edad de hierro no tiene, por ejemplo, correspon-

dencia en Suecia, sino cuando se comparan entre sí los objetos de este mineral de la época de los francos, con los góticos de Suecia.

Pasando á detallar el cuadro de los principales centros de civilización europea de la más remota antigüedad, nota Hans Hildebrand que la literatura griega, lo mismo que los hallazgos, nos presentan confusas y revueltas las edades de bronce y de hierro, y esto, dice con razón, demuestra, «el efecto de una influencia poderosa procedente de Oriente, en donde el hierro se conocía desde muy antiguo.»

En Italia se notan dos centros claramente delineados, el del Sud y el del Norte. Mientras en el Norte ó en el valle del Pó la edad de hierro parece ser un descubrimiento de la de bronce, en el del Sud hay una verdadera solución de continuidad, pues se pasa de una á otra edad sin transmisión alguna. Que esto prueba como se introdujo en Italia el hierro parece indudable, así mientras el Sud nos convence de su importación extranjera, el Norte nos indica como las artes del Sud fueron extendiéndose hácia el Norte hasta dominarlo.

Respecto de Inglaterra y Francia el problema presenta sus variantes, pues como consecuencia de las expediciones de los fenicios á las minas de Cornouailles en busca del estaño, parece que la metalurgia tuvo en uno y otro país un desenvolvimiento propio. Así nota Hans Hildebrand para la edad de hierro del Norte ó germánico, cuyos orígenes son aún desconocidos, «una influencia ora gálica, ora romana, en su desenvolvimiento.»—En el Norte propiamente dicho, esto es, en los países del Norte del Báltico y del Eider, se sucedieron las civilizaciones germánicas, profundamente distintas una de otra. «La diferencia, dice, es tan grande, que no basta dividir nuestra edad de hierro en tres partes, principio, medio y fin, pues venimos obligados á establecer dos edades separadas á despecho de todos los tipos de transición.» Por último, el Norte vivía en plena edad de bronce trescientos años antes de Jesucristo.

Claro está, como ya lo nota M. Letourneau en su artículo antes citado, que de todo lo dicho resulta «que el conocimiento del hierro no implica necesariamente un desenvolvimiento superior. A buen seguro que los cafres y los bongos, aun cuando sean forjadores, son mucho menos civilizados de lo que no lo fueron los peruanos y mejicanos antes de la con-

quista española. Un progreso parcial unilateral, no puede darnos la medida de la cultura de un pueblo»... Hasta aquí conformes, sobre todo cuando se trata de un progreso en su estado rudimentario, pues saber forjar el hierro como saben forjarlo los cafres y los bongos, apenas si vale más para el que aprende á leer, el conocimiento del abecedario. Pero el Sr. Letourneau acaba su período diciendo: «y de una manera más general, para apreciar el grado de civilización, la industria es un patrón bastante malo.»—En esto creemos que anda equivocado el señor doctor. La industria es una de las piedras de toque más seguras para conocer el estado ó grado de civilización de un pueblo. Para convencerse de ello, compárese la industria de los Estados Unidos con la de los pieles-rojas del Norte, ó con la de los fuegianos del Sud. Compárese la del mismo Egipto, ó la de Marruecos con la de los cafres y congos, la de Inglaterra con Rusia; la de China con la de los pueblos nómadas de Asia, y en seguida podre-

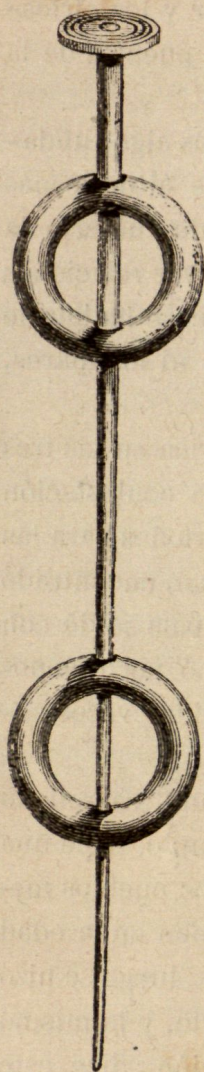


Fig. 74.—Fibula.

mos establecer una escala graduada, que lo mismo servirán para formarlos los productos industriales que los procedimientos industriales. Compárese la hoja de azagaya que forja el cafre con el cañón Armstrong guarda-costas, que ni siquiera sabría cómo mover aquél por su enorme peso, ni cómo manejarlo una vez se le hubiese mostrado su mecanismo, y aun en el caso de que lo hubiese aprendido, si éste se deteriorase. Compárense sus martillos de hierro ó de acero con los martillos que en los arsenales forjan las planchas de blindaje; sus sierras con las sierras sin fin de la industria europea.

Creemos nosotros que un pueblo que construya locomotoras, máquinas de vapor, telégrafos aéreos y submarinos, y fonógrafos; cerámica como la de Francia y Sajonia, cristalería como la de Bohemia, joyería como la de Florencia y Roma, talabartería como la de Viena, mosaicos como los de Venecia, encajes como los de Bruselas, ataraceados como los de Toledo y Guipúzcoa, etc., que ese pueblo da de su civilización una idea que no puede estar lejos de ser muy exacta, pues una locomotora supone un desarrollo científico extraordinario, y un fonógrafo supone ya la ciencia aplicada á las invenciones de lo sublime, que procuran descubrir, por su parte también, los refractores Foucault de los grandes observatorios astronómicos.

Un pueblo científico es un pueblo civilizado: tanto más, cuanto que no se construye una máquina de vapor, ni una máquina vertical para imprimir para un pueblo vago ó perezoso, pues una y otra suponen la movilidad constante, y una y otra nos dicen que el pueblo que las fabrica es un pueblo donde está establecida la división del trabajo, un pueblo que se reúne en masas considerables en grandes talleres, un pueblo donde el trabajo es libre, pues un pueblo esclavo

no producirá jamás la precisión en los movimientos de una máquina, pues esa precisión es un ejemplo vivo del libre ánimo y voluntad de los constructores que reflejan en ellos el conocimiento de sus responsabilidades y deberes, que es lo que constituye el hombre libre.

Y un pueblo, en fin, que al lado de las industrias científicas ponga las industrias artísticas, supone un pueblo culto, un pueblo estético, y ya sabemos que la estética es expresión de los más elevados sentimientos del alma humana, y es tanto más expresiva cuanto más puros son ellos. Juzgando, pues, de las obras de arte, y lo mismo puede decirse de las bellas artes industriales, puédese juzgar de la delicadeza de los sentimientos de un pueblo. Y comparando entre sí, y juzgando luego en masa la entera producción de un pueblo, se puede decir, si un pueblo que construye un vapor de cuatro mil toneladas ó más, un puente tubular para cruzar un río ó un brazo de mar, puesto por el interior de las montañas, abriéndose paso sin pólvora ni dinamita ni otra fuerza más que la del aire, y levante á la vez centenares de enormes pesos con sólo comprimir el agua, si un pueblo que sepa hacer todo esto no dará una idea exacta de su estado de civilización. Recuerde el lector los pueblos civili-

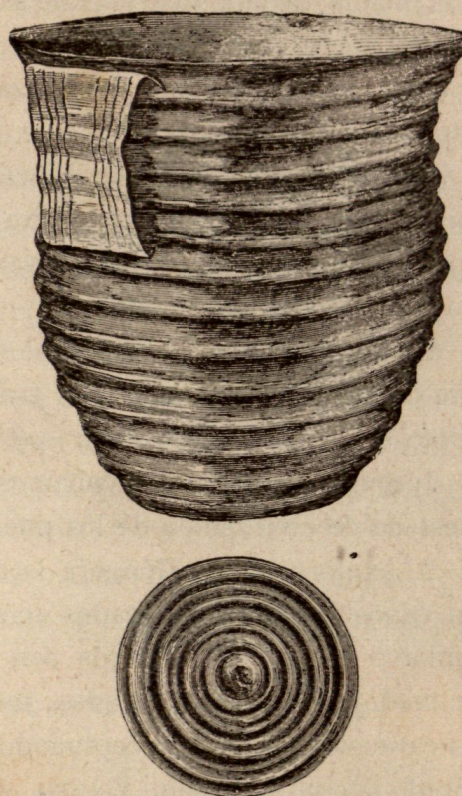


Fig. 75.—Vaso de oro de Rillaton.—Inglaterra.

zados é incivilizados de nuestro Mundo-Tierra que sólo saben hacer de lo dicho una parte mayor ó menor, hasta no saber hacer nada de lo mencionado, y se verá como la industria es el patrón tal vez más exacto para juzgar el grado de cultura y de civilización de un pueblo.

Tampoco tenemos para qué movernos de nuestro cuadro para ver hasta qué punto es exacto que la industria refleje el estado de civilización de un pueblo. Nosotros hemos visto y comparado el estado industrial de los paleolíticos y neolíticos, sin decirlo expresamente; al ver mejor armados para la guerra y para el trabajo á los neolíticos, hemos concluido en favor de su gran progreso y de su superior grado de civilización. Pero así como el saber pulir y dar á una hacha una forma más artística, no supone por sí sólo un gran progreso, de la misma manera no lo supone saber fundir el bronce ó el hierro, ó el saber forjar con otros metales un hacha de igual forma que las neolíticas. Si el telescopio que Herschell fué á plantar en el Cabo de Buena Esperanza, se hubiese abandonado á los hotentotes, de seguro que lo hubieran hecho pedazos, y que de empleado para mirar el cielo, no hubieran jamás sabido ver lo que en él vió y descubrió el gran astrónomo. Pues de la misma manera la fundición en bronce ó en hierro de un arma, de una herramienta del trabajo, de por sí nada supone, si esta arma, si esta herramienta, por su naturaleza no vale el conocimiento científico y artístico de un pueblo.

Lo cierto es, que si los pueblos primitivos, al entrar en la edad de los metales no valían gran cosa más, al pasar de un grado á otro se iban elevando á la altura de que da ejemplo Egipto en la edad del bronce.

Juguemos de lo que acabamos de decir con algunos ejemplos que nos darán á conocer el estado de civilización de los pueblos primitivos en la edad de los metales.

Al explorar el Sr. Góngora la cueva de los Murciélagos, dió en un recodo de la misma con «doce cadáveres colocados en semicírculo alrededor de un esqueleto de mujer admirablemente conservado, vestida con túnica de piel abierta por el costado izquierdo, y sujeta por medio de correas enlazadas; mostrando collar de esparto, de cuyos anillos pendían sendos caracoles de mar, exceptuando el anillo del centro que ostentaba un colmillo de jabali labrado por un extremo. Estuvo, sin duda, adornado el esqueleto con zarcillos de piedra negra pendientes de otro objeto que no se encontró, pues eran de una sola pieza sin interrupción ni entrada.

«El esqueleto de la diadema,»—uno de los esqueletos del círculo llevaba en la cabeza una diadema de oro,—vestía corta túnica de finísima tela de esparto; asimismo los otros, aunque algo más toscos, sendos gorros de la propia materia, cuáles doblado su cono, cuáles de forma semi-esférica; y el calzado también de esparto, algunos primorosamente labrado.

»Había junto á los esqueletos cuchillos de esquisto, instrumentos y hachas de piedra, cuchillos y flechas con puntas de pedernal pegadas á toscos palos con betún finísimo, hasta el punto de romperse antes el hasta que el betún; muy bastas, pero cortantes armas de guijarro, y otras guardadas en bolsas de esparto; vasijas de barro, como el que se encuentra en otras sepulturas del reino granadino..... Un gran pedazo de piel extremadamente gruesa; cuchillos y punzones de hueso, y cucharas de madera trabajadas á piedra y á fuego, con el cazo corto y prolongado, y el mango sobremanera corto, y un agujero para llevarlas colgada.»

Al registrar á su vez el Sr. Góngora dicha cueva, vió en otro recodo de la misma sobre cincuenta cadáveres «todos con sus calzados y trajes de esparto, á estilo de cotas de malla, sendas armas de piedra y de hueso, como las ya descritas, y un alisador de piedra.»

«Cerca de sí tenían,» tres de los esqueletos de dicho grupo, «un cesto ó bolsa de esparto cuyo tamaño variaba de seis á quince pulgadas, dos llenos de una cierta arenosa tierra, que tal vez fueron alimentos carbonizados por la acción del tiempo, y otros varios cestillos y bolsitas con mechones de cabellos ó flores, ó gran cantidad de adormideras y conchas uni-valvas.»

También al descubrirse la cueva de Morcigüella, á una legua de Sezón, provincia de Almería, se encontraron igualmente esqueletos humanos, depositados en la misma forma que en la de los Murciélagos, y armas de cobre, y vasijas de barro.

«Séame lícito ya,—dice el Sr. Góngora,—sentar algunos hechos, referentes á la vida y usos de esos antiguos habitantes de la Bética.» De lo que á este fin dice dicho señor, sólo tomaremos lo que nos parece justificado por los posteriores progresos de la ciencia prehistórica y sociológica.

«El cuidado con que guardaban sus cadáveres revela en ellos la creencia de la inmortalidad del alma, y en una resurrección y vida futura.» Y la circunstancia de hallarse en el centro del ruedo el esqueleto de una mujer ricamente ataviada, dejando á parte todo cuanto pudiera imaginarse acerca de su rango, muestra la consideración de que ya gozaba la mujer bética en aquellos remotos tiempos, y por lo tanto, el progreso en cultura realizado por los habitantes meridionales de España.

Distraído, dice el Sr. Góngora que no conocían ni el cobre ni el hierro, página 52, cuando en la 56, dice que se recogieron en la de Morcigüella «armas de cobre.» El hallazgo de la diadema de oro, y de las armas de cobre, que repetidas veces se descubren según el libro del Sr. Góngora, en los monumentos megalitos andaluces, si en realidad son de cobre, determinan la edad de los enterramientos mencionados, pero como luego diremos, en dichos megalitos se han hallado revueltos, objetos de cobre, bronce, y aun de hierro, de modo que hay que separar los enterramientos trogloditas, de los enterramientos tumulares, por todo el lapso de tiempo de una edad, de la edad primitiva de los metales oro y cobre, de la edad secundaria, ó edad de bronce.

Vemos que el pueblo que enterraba á un personaje en la cueva de los Murciélagos, «sabía adobar las pieles, y labrar primorosos tejidos de esparto; de esta fibra hacían el calzado, muy semejante al llamado agovias y esparteños que aun usan las clases pobres de aquellos alrededores, y de la misma tela vestían túnicas, completando su traje gorros también de esparto, ya semi-esféricos, ya terminados en punta.

«Adornábanse con collares de la misma materia que el calzado, las túnicas y las gorras formando eslabones como de cadena, de los cuales pendían caracolillos. Usaban grandes sarcollos de piedra, negros y blancos. Se adornaban con dientes de jabalí toscamente labrados.

»También eran de esparto las bolsas que igualmente llevaban pendientes al costado, pasando una cuerda guarnecida de piel finísima.

»Sabían asimismo teñir el esparto de sus trajes y utensilios, en los cuales aun se distinguen los colores rojo y verde, y aun algunas telas manifiestan estar labradas á mano con habilidad, otras han sido tejidas con adornos y cenefas en un telar vertical, como eran los más antiguos; de lo cual veo un vestigio en un disco de barro allí hallado que debe ser uno de los pesitos—*pondera* de los romanos—que mantenían tirante la urdimbre.

»Mucho se equivocan, pues, los que creen invención cartagenera el uso del esparto para el cordaje, cuando aquí le vemos tan general, y tan primorosamente aprovechado. La Nueva

Cartago debió á este precioso textil su sobrenombre; y por la materia con que se fabricaron las cuerdas para medir los campos, dijose *Sparta* cierta suerte de tierra. Plinio dice en su *Historia natural*, XXI, que, «del mismo textil los habitantes de la Citerior hacían camas, fuegos, antorchas, calzado y vestido para los pastores,» quizá recuerdo de una costumbre más general, abandonada ya por las personas de condición elevada.

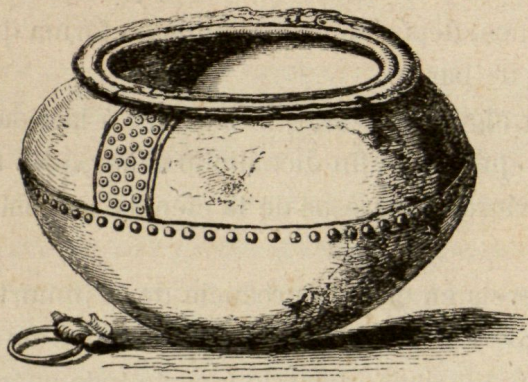


Fig. 76.—Caldera de bronce de *Kincardine*.—Inglaterra.

»Constituían las ofrendas funerarias de los primitivos habitantes de las Angosturas de Albuñol, tan pobres, sencillas, poéticas y elocuentes como presumo que serían sus costumbres patriarcales, en flores, pequeñas plantas, caracollillos y conchas, fragmentos de piedras vistosas ó transparentes ó teñidas de vivo color por la naturaleza misma, y en mechones de pelo de las personas queridas: todo como prenda de recuerdo y amor. Acompañábanlas con especialidad multitud de cabezas de adormideras, símbolo del sueño, imagen de la muerte: tanto se descubrió

dentro de pequeñas bolsas de esparto, al lado de cada cadáver...» (1)

Da luego noticia el Sr. Góngora de sus hallazgos en los dólmenes de la región granadina, y dice que en los dólmenes de *los Eriales*, «vasta necrópolis de antiquísima gente,» halló huesos esparcidos, pedazos de vasos rotos y algunas armas de cobre; en otros vecinos dió asimismo «con dos puntas de armas de cobre, algunos fragmentos de vasijas de barro, un cráneo entero y una sortija de cobre, huesos, y dos flechas, con otra pieza de bronce.» En el dólmen llamado la sepultura grande descubrió «un dardo de pedernal de tres puntas,» y

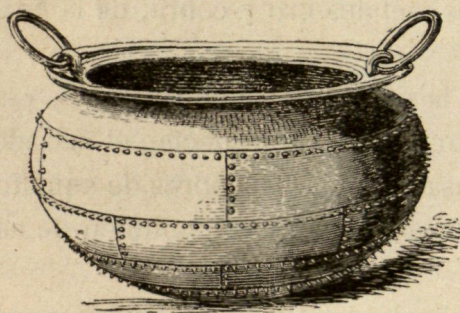


Fig. 77.—Caldera de *Dowris*.—Irlanda.

en otro dólmen del llano Gorafe recogió objetos análogos, pero muy particularmente, «una sortija de cobre.» —Como objetos sueltos hallados aquí y allá, menciona una preciosa hacha, cuyo dibujo acompaña, procedente de la sierra de Baeza, que si en realidad fuera de cobre, sería un nuevo dato para demostrar que allí donde existió más ó menos franca una edad de cobre, los primeros bronceístas adoptaron sus formas. En fin, en unas sepulturas del cerro del Castellón halló un pendiente de cobre, otro de bronce, y un hierro cuyos extremos rematan en anzuelos.

La confusión con que se presentan en un mismo yacimiento, sea de la naturaleza que quiera, los diversos metales que constituyen otras tantas edades, nos prueba la dificultad del intento de preciar para cada uno de sus períodos un estado de civilización. Esto puede hacerse en particular, hasta cierto punto, para cada país, y esto hemos procurado hacerlo nosotros acudiendo á la obra de Góngora. Quien dude de las dificultades dichas, en la discusión que en el Congreso de antropología y arqueología prehistóricas de Bolonia de 1871 abrió el señor Desor, acerca de la «relación de los tiempos anti-históricos con los de la antigüe-

(1) GÓNGORA.—*Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, etc., págs. 30 á 56.

dad clásica, y en la que terciaron las primeras autoridades de la prehistoria, señores Worsae, Virchov y Vogt, verá como fueron infructuosos todos los esfuerzos para fijar un solo dato para señalar un punto de partida. Sin embargo, el señor Desor no inició la cuestión en toda su amplitud, pues principió diciendo:—«Queda entendido que dejamos fuera de discusión la edad de piedra, que no sólo es anterior á la historia, sino á la misma leyenda. Lo mismo, tal vez, pueda decirse de la edad pura del bronce» (1).

Lenormant se vió obligado como nosotros á abordar esta cuestión en su novena edición de la *Historia antigua del Oriente*; pues bien, ábrase el tomo primero, y léase lo que se dice en las páginas 183 y siguientes. Lenormant afirmaba que todas las ramas de la humanidad, sin excepción, pasaron por las diversas etapas de la edad de piedra, y él también las introduce en su historia, aun cuando hoy por hoy esto apenas si se puede hacer más que por extinción, ya que el Oriente guarda todavía con avaricia los secretos de su primitiva edad. Así, partiendo de lo que Europa nos enseña, atribuye al Oriente períodos análogos.

Pero añade:—«De que cada pueblo y cada país ofrezcan á las miradas del observador la misma sucesión de las tres edades, correspondiendo á tres momentos del desenvolvimiento social, engañárase uno si fuera á suponer que los diferentes pueblos las alcanzaron á un tiempo. No existe entre las tres fases sucesivas para las diversas partes del globo, un sincronismo necesario; la edad de piedra no es una época determinada en el tiempo, es un estado de progreso humano, y la fecha varía de una manera disparatada de uno á otro país. Lo mismo en el siglo pasado que en éste se han descubierto pueblos enteros que aun no han salido de la edad de piedra!... «Las razas que habitan el Norte de Europa no recibieron la civilización sino mucho después de estar civilizadas Grecia é Italia; las palafitas de los lagos de Suiza, de Saboya y del Delfinado ciertamente subsistían todavía, cuando Massalia (Marsella) y otras ciudades griegas habían sido ya fundadas en la costa de Provenza, es decir 500 ó 600 años antes de nuestra era; todo lo que sabemos parece indicar que, cuando los dólmenes de la edad de piedra principiaban á levantarse entre nosotros, estaban ya los pueblos asiáticos desde hacía muchos siglos en posesión del bronce y del hierro, y de todos los secretos de una civilización muy adelantada. En efecto, el empleo de los metales sube en Egipto, en Caldea, en los pueblos arios de orillas del Oxus y en las naciones turanesas, que llenaban la Asia anterior antes de las grandes emigraciones de los arios (?), á la más remota antigüedad.»

Así... «la tradición bíblica designa uno de los hijos de Lamech, Thubal-caín, como ha-

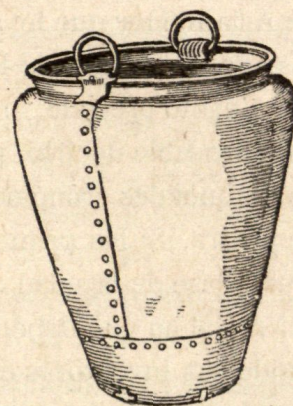


Fig. 78.—Vaso funerario de bronce Douris.—Irlanda.

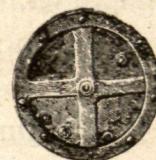
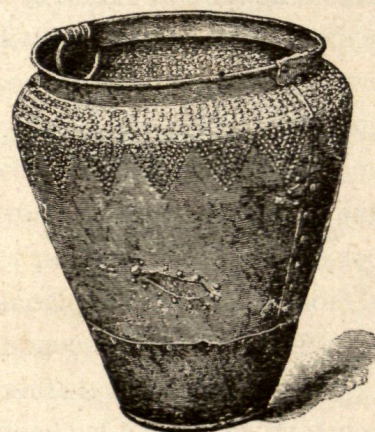


Fig. 79.—Vaso funerario de Capecastle.—Inglaterra.

(1) Obra citada, pág. 197

biendo sido el primero que forjó el cobre y el hierro...» «Además ese nombre de Thubal-cain es en extremo conciso, pues significa Thubal «el forjador,» y por consiguiente no se puede dejar de establecer una relación entre él y el nombre del pueblo de Thubal, cuya prodigiosa metalurgia antigua tantas veces se cita en la *Biblia*, y que guardaba todavía su reputación en tiempo de los griegos, cuando habiendo ya perdido la preponderancia sobre el Noreste de Asia menor que le atribuyen los monumentos asirios del siglo VII, no formaban más que la pequeña nación de los Tibarenos.»

Cuanto precede, por pesado que sea á los que no gusten de esta clase de estudios, era indispensable decirlo, puesto que no tenemos para los monumentos prehistóricos de la edad de los metales cronómetros tan exactos para medirlos como la fauna y la flora de las edades de piedra. Si las primeras armas de la edad de bronce no afectaran las formas propias de igual clase de la edad neolítica, si luego no se presentaran tanteando una forma más propia del metal en que deben fundirse, y no acabaran por encontrar esa forma que van perfeccionando sus inventores con el tiempo, sería imposible señalar el principio de la edad del bronce, ya que, como repetidas veces hemos dicho, su fin se confunde con el período histórico, según resulta de lo que sabemos de las civilizaciones del Eufrates y del Nilo.

Por esto es posible establecer en el desenvolvimiento de la edad de bronce esa sucesión en tres períodos distintos, cualquiera que haya sido su duración, y su relación con la edad neolítica, por lo mismo que existen tres tipos.

Hemos dicho que las formas de la primera edad ó período del bronce corresponden exactamente con las de la edad de la piedra pulimentada en su último período ó robenhausiano. De esta clase de hachas, pues es la hacha la que señala la época y sirve de tipo, pues era el instrumento más necesario por cuanto lo mismo podía utilizarse en la paz que en la guerra, se encuentran muchas en todas partes, tanto que se puede asegurar que todos los pueblos europeos conocieron esta edad de los metales, así han aparecido lo mismo en abundancia en los dólmenes europeos, que en las excavaciones verificadas en la Troada y Chipre por el doctor Schliemann y el general Cesnola. Se comprende que los primitivos forjadores al fabricar las hachas planas aplastaran sus bordes, pues con ello conseguían hacer más ligero el instrumento y economizar el metal.

Luego, como si se fuera conociendo y estudiando las condiciones de resistencia del mineral, va dándose á las hachas la forma graciosa y propia de esta clase de armas, y sus líneas tienen un aire tal, que desde luego demuestran por la sabia economía del metal, que implican un pueblo tan artista como industrial, apareciendo luego decorados con gran variedad de dibujos geométricos trazados al punzón.

Tipos del segundo período son las hachas con rebordes producidos por el martilleo del metal al fundirse dichas armas. En esta clase aparece el filo á manera de media luna, y toma la hacha un aspecto, digámoslo así, amenazador, pues la finura de ésta y la robustez del mango reforzado por los bordes, le da todas las apariencias de un arma de combate terrible.

En las hachas de este período aparecen los mismos dibujos, pero su trazado es más riguroso y pulcro, apareciendo ya algunas más complicadas con nuevas combinaciones, pero casi siempre rectilíneas.

Ewans ve un tercer tipo en las *paalstabas*, que nosotros creemos que no se pueden distinguir de las de rebordes, aun cuando su forma tenga caracteres distintos, producidos ó inventados de seguro por las necesidades de la guerra; esto es, por la necesidad de que los

guerreros se armen con fuertes armas para romper las defensas que ya revisten, esto es, los cascos y escudos de bronce que igualmente se han descubierto junto con las hachas. Tan cierto es esto, que las *paalstabas* toman también la forma de las hachas del tercer período, ó sean las que llevan un cubo para introducir el mango. En estos, la ornamentación, menos prodigada que en las anteriores, es enteramente nueva con su forma y procedimiento industrial, pues generalmente se compone de pequeños botones y de círculos, modelados en relieve en una y otra cara; la ornamentación ésta es rara en los lados. Cuando no se emplean estos botones, se usa un estriado de poca profundidad, y que arrancando de la cabeza circular casi siempre, baje hasta un tercio.

Cuando este período llega á su perfeccionamiento, produce obras realmente bellas, y á su vista y precisamente por lo que revelan las del norte escandinavo, es cuando la cuestión de las influencias de los centros mediterráneos, es decir de los centros influídos por las artes asiáticas y egipcias, y por las incipientes de la Jonia, surge con toda su fuerza.

Verdad que la ornamentación de las hachas, escudos, fibulas, cuchillos, espadas (puñales), etc., propia de los países del Norte, tiene un carácter especial, genuino, que no es posible confundir con el que presentan los instrumentos del Mediterráneo, pero esto mismo implica una civilización ya muy desarrollada y fuerte en el terreno artístico, y aquí es cuando debemos ya lamentar que la naturaleza de otros productos industriales sea la causa de que no hayan llegado hasta nosotros, pues al ver las grandes fibulas y torques escandinavos, la imaginación quiere reconstruir las capas y mantas que ataban sin poder lograrlo, máxime cuando se recuerda lo que sobre el traje de esparto de los béticos nos dijo Góngora.

En suma, podemos generalizar para el período prehistórico de la edad del bronce lo que Ewans dice de la misma edad para Inglaterra.

«Respecto de sus habitaciones, dice el gran arqueólogo inglés, no tenemos noticias positivas, pero ofrecían poco más ó menos el aspecto mismo de las habitaciones lacustres de Suiza, salvo que en general estaban en tierra firme, en vez de componerse de plataformas elevadas encima del agua. Sus vestidos eran alguna que otra vez de pieles, otras de lana, y probablemente también eran de lino, por cuanto los hallazgos nos han dado á conocer que sabían hilarlo y tejerlo. En punto á animales domésticos tenían el perro, el buey, el carnero, la cabra, el cerdo, y en fin el caballo. Cazaban el corzo, el ciervo, el jabalí, la liebre y con seguridad otros animales. Las flechas que les servían para la caza y para la guerra llevaban puntas de sílice y no de bronce, y algunos otros instrumentos de piedra, tales como los raspadores, continuaron usándose hasta el fin del período. En los primeros tiempos, la hacha, el cuchillo-puñal y la alezna fueron los únicos objetos que se fundieron en bronce. Para encender fuego les bastaba un nódulo de piritá y un casco de sílice. Cultivaban ciertos cereales, como lo prueban las hoces de bronce que se han hallado. Tenían los hombres de esa época una cacharrería variada, y algunos vasos parecen como hechos expresamente para las sepulturas, pero no conocían aún la rueda del alfarero. Los vasos en ámbar y esquisto que tal cual vez se hallan, podrían haberse importado. Los habitantes en general llevaban por adornos al cuello el torque, á las orejas pendientes, á los brazos brazaletes, usaban alfileres para prender el vestido y el pelo, las fibulas pertenecen al Oriente europeo y al Norte. De collares los había en ámbar, jade, perlas y huesos, y las alhajas de vidrio y de marfil tampoco eran raras, pero para algunos puntos pueden ser productos de importación. También se utilizaba el oro para hacer alhajas, pero la moneda, lo mismo la de oro que la de plata era des-

conocida. Parece que los hombres de la edad de bronce eran muy hábiles en esculpir las astas y los cuernos de los animales, y entre ellos había obreros tan hábiles, que incrustaban las astas y el mar con pequeñas partículas de oro con la misma habilidad con que los obreros franceses del pasado siglo incrustaban la concha de la tortuga. En la fundición y forja del bronce poseían igualmente una gran habilidad, y sus puntas de lanza, lo mismo que

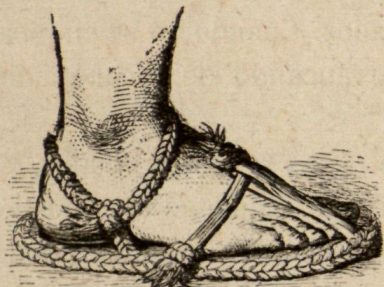


Fig. 80.—Espartería de la *cueva de los Murciélagos*.—Andalucía.

sus escudos hechos al martillo no se harían hoy mejor..... El progreso material que separa la edad de bronce de las de la piedra es grande sin duda, pero el intervalo entre ellas no se acerca al que existe entre el hombre paleolítico de los arenales antiguos, y el hombre neolítico de la configuración actual de la Europa occidental.

»Si se nos pregunta por el interés general que ofrece la edad de bronce, sin dificultad convendremos en que es inferior al que debe excitar una ú otra de las dos fases de la edad de piedra. La existencia de numerosas tribus de hombres que están ó que últimamente estaban en el mismo estado de civilización que los habitantes de Europa durante la edad neolítica, nos suministran puntos de comparación del más alto interés entre los salvajes antiguos y los modernos, pero no existe en nuestros días ningún pueblo en el cual se puedan observar las fases de cultura de la edad del bronce. Además, la edad paleolítica posee, desde el punto de vista de la antigüedad de la raza humana, un encanto misterioso del todo particular.

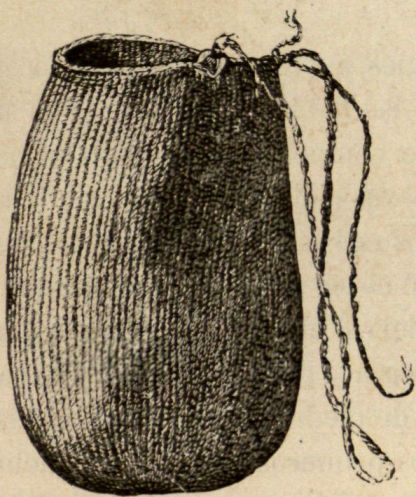


Fig. 81.—Bolsa de esparto de la *cueva de los Murciélagos*.

»Sin embargo por su proximidad á los tiempos históricos, tiene la edad del bronce la mayor importancia para aquellos que quieran seguir la marcha de la humanidad hasta en sus más remotas fases; aun cuando faltan los más minuciosos detalles del cuadro, en su conjunto y en sus grandes líneas el cuadro es completo para todos los países. Yo he sentido un vivo placer en reunir los detalles de esa edad, y termino con la consoladora idea que me hace creer que, á pesar de su sequedad, pueden tener algún interés á los ojos de cuantos se interesen en el conocimiento de las primitivas edades humanas.» (1)

Para nosotros, aun cuando no existan términos de comparación entre las antiguas edades de los metales y lo que podemos rasguear de su grado de civilización con los pueblos salvajes modernos, como sucede para la época neo-

lítica y reconoce Mr. Ewans, cosa mucho de notar, y así diremos para aquellos que no estén al corriente de la significación de los autores de prehistoria, que Ewans es, de los menos dispuestos á reconocer y remontar las grandes fechas y la reciprocidad de cultura de las civilizaciones antiguas con las de algunos pueblos salvajes modernos: aun cuando el placer de entrever las primitivas civilizaciones pudiera llevarnos ó arrastrarnos á la contemplación de las edades prehistóricas, ni esto, ni el poder explicar esas civilizacio-

(1) EWANS.—*L'âge du bronze*.—Trad. de W. Bathier.—Paris, 1882, págs. 530 á 532.

nes antiguas por la civilización de algunos pueblos de los más atrasados de la tierra, nos hubieran movido á hacernos cargo de las edades prehistóricas, si no hubiéramos entendido que en una *Historia universal del Lujó* no podíamos dejar á un lado el lujo de los pueblos salvajes, y si precisamente ese lujo prehistórico, con sus explicaciones y comentarios dados por los pueblos salvajes no acreditaran principalmente nuestro punto de partida para historiar el lujo, si no viniera, pues, á probar lo poco que sabemos de los primeros tiempos de las grandes razas y pueblos históricos, que la tendencia al lujo de los pueblos modernos es una tendencia heredada y por lo tanto imperiosa y exigente, y que esa tendencia en su serie envolvente se pierde entre los animales que aun hoy tienen manifiesta tendencia para los placeres de lo bello.

Así hemos podido, sin hablar de pueblo alguno de la tierra conocido, dar cuenta de un estado de civilización tan antiguo, que aun cuando nos pesara, por la aridez de la materia, hemos debido detenernos en el estudio de esas edades prehistóricas que nos han presentado al hombre buscando los refinamientos del lujo, cuando aun vivía sepultado en las entrañas de la tierra, cuando por toda arma y por toda herramienta de trabajo, no tenía más que las ramas de los árboles y los guijarros de los ríos. Es decir, que hemos adquirido el formal convencimiento de que, lo que los moralistas llaman vicio, si lo es, lo es constitutivo de nuestro modo de ser, ya que apenas hallamos el rastro del hombre en la tierra, le vemos buscar y gozar con avidez los placeres del lujo.

Dicho se está que esto lo veremos clarísimo cuando hayamos estudiado el lujo en los pueblos salvajes antiguos y modernos de los que tenemos relaciones exactas y verdaderas; pero antes de entrar en esta segunda parte del lujo primitivo de la humanidad, conviene dedicar algunas líneas á poner de todo relieve, por su inmensa trascendencia en la historia del lujo, el hecho característico de las sociedades de la edad de los metales.

Sólo allá, á últimos de la edad ó período neolítico, cuando ya no es posible decir si acaba la edad de piedra, ó si principia la de los metales, hemos encontrado un principio de enterramientos, es decir, un principio de conservación de los cadáveres, que indudablemente en la edad paleolítica eran abandonados á las fieras ó arrojados al mar, ó á los ríos, etc. Pues esto que sólo puede rastrearse para el período neolítico, es el hecho general, tipo y característico de las edades ó periodos de la edad de los metales, tanto que por característico y típico que sea la aparición del metal, lo es aún más la aparición de la sepultura humana, de modo que cuando se sabe todo lo que se deriva de una tumba, hay motivo para sorprendernos de que no haya una «edad ó período de las tumbas» como período de la organización primitiva social. Tan importante es esto, que un historiador del lujo que desconozca ese período, está más que expuesto á errar en sus juicios sobre el lujo de los pueblos de la antigüedad, pues ha de errar forzosamente por cuanto desconoce el fundamento de las ideas que arrastran imperiosamente al hombre por la senda del lujo, pues aun cuando parezca paradójal, es innegable que no es la satisfacción del elemento sensible en esta vida lo que nos hace apetecer y desear con tanta vehemencia el lujo, sino el deseo inmenso de asegurarnos para la vida de ultratumba esa misma satisfacción de nuestros sentidos que el lujo satisface hasta en sus más menudas exigencias.



Fig. 82.—Punta de dardo.



Fig. 83.—Punta de dardo.

Aquí es aún menos admisible la objeción de si los ritos funerarios de los pueblos salvajes modernos explican ó no los ritos de los pueblos primitivos, dado que de éstos no quedan más recuerdo que sus sepulcros. Pero si en éstos encontramos todo lo que ofeccionó el hombre en vida, si se entierra el cadáver revestido con más preciosos trajes y alhajas, si alrededor ó dentro de su féretro se colocan sus armas, sus objetos de tocador y de cocina, sus muebles más necesarios, la cama por ejemplo, y con éstos toda clase de comestibles, y esto vemos que hacen aún hoy tal cual clase de pueblos salvajes, estamos autorizados para suponer, indudablemente, que la igualdad de ritos supone una igual ó fundamental concepción de la vida de ultratumba por lo menos igual en sus líneas generales. Es esto lo que nos lleva forzosamente á admirar delante del enterramiento de la cueva de los Murciélagos para la época primitiva española, dejando á un lado su significación que ya explicaremos, la costumbre de enterrar con los jefes del Estado á su alta servidumbre, ó la idea de sacrificar á la muerte de aquéllos ó de una persona pudiente un cierto número de criados para que lo sirvieran en la otra vida, pues de no ser así, ¿qué significaría aquel cadáver de mujer ricamente ataviado rodeado de una docena de hombres formados en semicírculo? ¿Quién, una vez sepa que entre éstos hay uno con diadema de oro, no afirmará que nos hallamos en aquel caso de los pueblos salvajes africanos é indostánicos que, al morir el rey, sacrifican á sus ministros y á los más altos é influyentes personajes de la corte para que vayan á continuar en el otro mundo los oficios que en éste hacían á su señor? Esto tenemos por innegable, por más que estemos dispuestos á admitir restricciones en favor de nuestros salvajes antepasados, pero no hay duda de que esto es cuestión de amor propio mejor ó peor entendido y no efecto de una recta interpretación científica de los hechos. Tanto se valdría decir que, cuando descubrimos en un enterramiento romano una moneda puesta en la boca del cadáver, no es esto efecto de la creencia de que el espíritu debía pagar el pasaje del Aqueronte á su irascible barquero.

En fin, una vez justificado nuevamente el lujo, ó la tendencia humana al lujo, presentándolo ahora como inspirado, motivado y exigido por la más alta preocupación del hombre, por su preocupación de la vida de ultratumba, entonces podremos, gracias á los caracteres del lujo entre los pueblos salvajes, formar concepto del mismo, estudiar sus consecuencias para el desenvolvimiento y progreso de los pueblos que pasan por dicha fase de civilización, darnos cuenta de sus condiciones económicas, de todo lo que no era posible hacer delante de los restos de las civilizaciones prehistóricas, no porque éstas no sean de por sí bastante expresivas, sino porque todo cuanto hubiéramos dicho, á lo menos para algunos, tendría un cierto carácter de invención, dado que prestaríamos ideas y tendencias, que se llevaron al fondo de sus tumbas los hombres de las edades prehistóricas. Esto ciertamente no pasa con los pueblos salvajes contemporáneos, pues aun de aquellos que han desaparecido por completo como los tasmanianos, tenemos, si no su historia, la estadística de su estado de cultura y estado de civilización para la época de su descubrimiento y tiempos posteriores. Si, pues, al leer lo que vamos á decir de los pueblos salvajes, se tiene siempre presente lo que hemos dicho de los pueblos prehistóricos, á los seres fantasmagóricos de ese periodo los veremos tomar cuerpo real y tangible, sus sociedades familiares y políticas se presentarán en toda su realidad ante nosotros, y aquellas fantasmas humanas de los primitivos tiempos se convertirán en seres sensibles á todas las debilidades y flaquezas de nuestros días, y por consiguiente sensibles para el lujo es lo que nosotros debemos estudiar.